

Capítulo Ocho

Destino Atado por una Cadena ~La Cruel Verdad~

ΛΡΞΘΓΑΔΤ

Συνερον τι λραι πο Νοτομρνυ πο λα
Μαα:ισα++ρι:νυα:νουεα

¿Qué clase de «broma» era esa?

Al país que estaba al borde de la destrucción, cayó desde el cielo una serie de «cadenas vinculantes».

Esta es, simplemente, esa historia...



—¡Olna!

Con un grito desesperado, las puertas dobles se abrieron de golpe. Olna, que estaba mirando las oscuras nubes grises que probablemente traerían una tormenta desde la ventana, se dio la vuelta lentamente.

—Bienvenido de nuevo, Argonauta. Estás a salvo, me alegra verte de nuevo... ¿o preferirías que fuera otra cosa la que dijera?

A pesar de sus palabras, su tono carecía completamente de emoción, y su mirada fría hizo que el rostro jadeante de Argonauta se torciera, como si estuviera acorralado contra un precipicio.

Argonauta se acercó rápidamente a la dueña de la lujosa habitación, que era demasiado espléndida para ser simplemente una habitación de huéspedes del Castillo de Lakrios.

—¿Qué era eso? ¡¿Qué demonios era eso?! ¡Explícamelo!

—¿Necesitas una explicación? Lo viste, ¿verdad? A ese monstruo.

Desde que terminó la guerra en los «Yermos de Karunga» esa mañana, ya habían pasado varias horas. El atardecer, donde el sol no se veía por el oeste, se acercaba, y Olna miraba con ojos fríos al hombre que había corrido con prisa hacia ella.

—El monstruo que devora a la gente... el «Minotauro».

—¿¡.....!?

Argonauta quedó sin palabras al escuchar claramente el nombre del «monstruo» pronunciado por la joven.

—La capital ha domesticado a ese monstruo y lo usa para eliminar a sus enemigos.

—...Imposible. Domesticar a un monstruo... ¡Eso es inconcebible! —Incapaz de soportar la verdad que la joven le estaba diciendo con tanta indiferencia, Argonauta gritó en respuesta.

Mientras el chico luchaba desesperadamente por mantenerse en pie entre el instinto y la razón que lo desbordaban, Olna continuó hablando sin inmutarse.

—Sí, sería imposible para los humanos. Pero, un «milagro» cayó sobre este país.

—¿Un «milagro»...?

—Hace más de tres generaciones, cuando Lakrios estaba gobernado por el rey de ese tiempo... esta capital, como todas las demás, estuvo al borde de la destrucción por las manos de los monstruos. — Lo que la joven narraba era la historia del país y el origen de «todo»—. En ese momento, una «luz» cayó del cielo. Su verdadera naturaleza era una serie de «cadenas» que emitían una luz misteriosa y que eran imposibles de romper.

Por unos segundos, la escena imaginada pasó por la mente de Argonauta; desde el cielo dominado por una profunda oscuridad, caían unas cadenas resplandecientes sobre la capital. Y en esa visión, Argonauta pudo imaginar con claridad esas «cadenas plateadas y brillantes».

—El rey de Lakrios en ese tiempo lanzó esas cadenas sobre el feroz toro que amenazaba con destruir el país... y lo ató con éxito.

Porque Argonauta había visto esas «cadenas».

—No puede ser...

—Así es. Esas eran las «cadenas místicas» que podían someter incluso a un monstruo. La familia real de Lakrios las llama «la dádiva celestial».

Argonauta recordó el espantoso festín que tuvo lugar en el fondo de ese cañón. Y recordó las gruesas y largas cadenas plateadas que

estaban enrolladas alrededor del monstruo, que eran la fuente de su voracidad. Esas mismas cadenas, que el «Minotauro» utilizaba incluso como arma, eran la «dádiva celestial» de la que hablaba Olna.

—Ya sea una travesura del cielo o un producto de los «espíritus», de cualquier manera, la capital obtuvo el medio para controlar al «Minotauro». Después, como ya viste, la capital ha enviado al feroz toro contra monstruos e invasores hasta el día de hoy... y los ha aniquilado.

Era ridículo.

No podía ser posible.

Era algo que no debería haber sucedido.

Las palabras que deberían haber salido de su boca, sin embargo, no lograron convertirse en sonido.

Argonauta no podía ignorar lo que había visto con sus propios ojos, dejando de lado toda lógica o razón.

Su instinto le había hecho comprender esa escena de misterio y destrucción, y la explicación de Olna sobre el «control del monstruo» lo dejó sin palabras.

—.....¡¡No me jodas!!

La furiosa voz de Yuri resonó.

En el pasillo del castillo, el puño que había estrellado contra la pared de piedra, haciéndola añicos, hizo que los hombros de Feena temblaran de miedo.

—¡¿Ese es el verdadero rostro del «General Invencible»?! ¡Entonces, el guardián del reino, el «Rey del Trueno» es...!

—Desde el principio, esa persona nunca existió. Lo que sí existe es un «monstruo» feroz con una máscara de falsedad.

Ryuulu, con una expresión severa, intentaba mantener la calma mientras Yuri hablaba con rabia y amargura en sus palabras.

Entre los «Candidatos a Héroe» que habían logrado regresar al castillo real sin ser detectados por los soldados, Feena se puso pálida y comenzó a temblar.

—¿La razón de la paz absoluta en la capital es... porque la familia real ha estado utilizando a un monstruo para devorar tanto a monstruos como a humanos?

Esto pasaba al mismo tiempo que Argonauta corría desesperadamente y se lanzaba a la habitación de Olna.

Feena y los demás también llegaron a descubrir la «oscuridad real» que el «paraíso» había mantenido oculta.

—¡Mira tú ese mito de seguridad! ¡Mira tú ese último bastión de la humanidad! ¡Mira que sobrevivir utilizando a los detestables monstruos...! —Garms apretaba el puño con tanta fuerza que parecía que se iba a agrietar en cualquier momento. El guerrero enano levantó la voz, lleno de una ira que no tenía nada que envidiar a la de Yuri.

—¡Este país ha renunciado hasta a lo que hace humanos a los humanos!

—Este es el verdadero rostro del santuario que llaman «paraíso». Es para reírse, ¿no? —Olna dijo estas palabras sin expresión, en total contradicción con su tono, revelando la profunda verdad del abismo arraigado detrás de la nación de Lakrios—. La última fortaleza de la humanidad ha traicionado a la humanidad misma.

—¡¡.....!!

Argonauta apretó los dientes con fuerza. Mientras luchaba por mantener el equilibrio, tambaleándose ante la peor de las verdades, intentaba convertir la pregunta que surgía en su mente en un «¿por qué?».

—¿Por qué...? ¿Por qué sabes todo esto? ¿Cómo una adivina que es solo una huésped conoce secretos tan cruciales para el reino...?

—Eso no importa, ¿verdad? Para ti ahora, ya no soy más que una cuestión trivial. —Olna no lo tomó en cuenta. En cambio, entrecerró

los ojos como agujas, sin rastro de sonrisa, y le reveló otra «verdad»—. Argonauta, te daré una «desesperación» aún mayor. Y es que la dádiva celestial tiene un «precio».

—¿Un «precio»...?

—Para que las «cadenas» continúen ejerciendo su control, es necesario ofrecer «sacrificios» regularmente al ser que fue encadenado.

—¿Qué...?!

Sin esperar la reacción de Argonauta, la joven le reveló la desesperación.

—Además, los «sacrificios» deben ser de la sangre de aquellos que usaron las cadenas... es decir, a la «familia real».

Un mal presentimiento estalló en el pecho de Argonauta, convertido en el retumbar de su corazón acelerado. Sus ojos escarlata temblaban, anticipando lo que los labios de la joven estaban a punto de decir con su gélida mirada.

—...Espera. ¡Espera un momento! Eso significa que... ¡No puede ser...!

—Así es. El siguiente «sacrificio» será... la princesa Ariadna.

Una grieta irreparable atravesó el mundo reflejado en sus ojos.

—.....¡¡Esto es una tontería!! —En el siguiente instante, la voz de Argonauta estalló. Diversas emociones se entrelazaron como mechas, conduciendo a una explosión en forma de grito—. ¡Eso no puede ser! ¡No hay manera de que algo así pueda ser permitido! Eso significaría que la princesa, ella... ¡desde el principio...!

—Así es, estaba «destinada» a ser el «sacrificio» desafortunado. Un sacrificio prometido, encadenado por la misma «cadena» que el monstruo. —Frente al desmoronado Argonauta, con su cabello blanco alborotado, la mirada de Olna permanecía inalterable. Con un tono indiferente, continuó exponiendo los hechos—. La princesa no podía aceptar su destino de convertirse en un sacrificio por el «bien» del reino, de unos «cientos». No, siempre estuvo sufriendo y temiendo ese momento.

Entonces, Olna cruzó su mirada con la de Argonauta.

—Sin embargo, al Final, decidió convertirse en el sacrificio... porque conoció a alguien, a ti, que eras «uno».

—.....

—...Porque tú, quien la trató como una simple chica. En esta ciudad, deseaba que vivieras, aunque fuera un poco más de tiempo.

La respiración de Argonauta se detuvo. Los ojos de Olna, que no deberían mostrar emoción, se llenaron de tristeza.

Era una cruel ironía.

Argonauta había cantado y bailado para salvar a la joven como «una», pero la joven, al conocer a Argonauta como «uno», decidió convertirse en el sacrificio por el bien de «cien».

La comedia del payaso, que intentaba hacer reír a la joven, acabó germinando en ella la trágica resolución de convertirse en un sacrificio.

Para la princesa, la comedia no fue suficiente como para ser llamada tal.

—Eso no puede ser... posible... —Argonauta retrocedió tambaleándose, como si el suelo se hubiera desmoronado bajo sus pies.

Olna lo miró mientras él mostraba su lamentable estado.

—Argonauta, dijiste que «los dioses existen», ¿no? —La mirada de la joven albergaba reproche y desprecio—. Está bien, te lo concederé. Las «cadenas» que cayeron del cielo son la prueba de la existencia de los dioses. Y nosotros hemos sido manipulados por esas «cadenas». Para sobrevivir, hemos utilizado monstruos contra nuestra propia especie y hemos ofrecido «sacrificios» que lloran y gritan...

Su voz reflejaba resignación y repugnancia.

—Si los dioses nos observaban desde el cielo, viendo cómo nos destruíamos de una manera tan ridícula, entonces deben ser seres crueles, malvados y despreciables.

—¿¡.....!/? —Ante la acusación que se convertía en odio hacia los «dioses», Argonauta retrocedió.

—¡Seguro que, al ver tu rostro ahora, se están riendo de ti mientras te señalan con el dedo!

Un grito resonó, más fuerte que nunca, sacudiendo la habitación. Poco después, el silencio invadió el lugar, tan intenso que parecía perforar los tímpanos. Sin embargo, el corazón de Argonauta no dejaba de latir descontroladamente.

Congelado como una estatua de hielo, Argonauta abrió los labios con esfuerzo.

—...¿Dónde está? ¡¿Dónde está la princesa ahora?! —Su voz temblorosa pronto se transformó en un grito. Aunque estaba sumergido en la oscuridad de la ciudad, Argonauta se inclinó hacia adelante con determinación, lo que provocó que Olna frunciera el ceño.

—¿No te has «desesperado»? Ahora que conoces la horrible verdad sobre esta ciudad... ¿Y qué planeas hacer cuando descubras dónde está?

—¡Voy a salvarla! ¡No hay otra opción!

—...Te lo advierto, están vigilando todos tus movimientos. Si sigues así, lo único que te espera es la «destrucción». —Olna, con una mirada afilada y una voz pesada como el plomo, le advirtió, como si estuviera tratando de ocultar cualquier emoción—. Mucha gente, impulsada por la ira como tú, fue eliminada dentro del castillo.

—¡No me importa! ¡Voy de todas formas!

—...No quiero hacerlo. No quiero convertirme en asesina.

—¿Entonces prefieres dejarla morir? ¡¿Prefieres ver cómo matan a la princesa... a una chica como ella?! —

—..... —El rostro de Olna se llenó de tristeza. Bajó la mirada, envuelta en un breve silencio. Sin mostrar repugnancia, desprecio ni odio, simplemente miró a Argonauta—. ...No puedo decírtelo. Porque ahora, estás en la «desesperación».

Los dedos del payaso se estremecieron.

—Por la gente, por este país.

El dolor en su pecho, provocado por la desesperación, se intensificó.

—¡.....! —En el siguiente instante, Argonauta salió corriendo, casi como si estuviera huyendo. Le dio la espalda a Olna, abrió la puerta de golpe y se dirigió a buscar a la chica.

—...Es inútil, Argonauta. No lo lograrás en tu estado actual. — En la habitación vacía, Olna murmuró en voz baja—. Has perdido tu identidad como «payaso», y ahora solo eres una persona más, impulsada por un sentido de justicia.

Finalmente, bajó la mirada hacia el suelo, dejando escapar un suspiro de compasión.

—Porque no eres... un «héroe».



Argonauta corría.

Había olvidado que se encontraba en la residencia de la familia real, y el sonido de sus pasos resonaba como truenos en los pasillos del castillo.

No corría por la familia real, sino por una chica atrapada en las cadenas de ser una «princesa».

Por ella, Argonauta atravesó los pasillos del castillo.

—La «puerta» del cañón donde apareció el toro... ¡Si esa puerta está conectada con el castillo, entonces el monstruo debe estar en el subsuelo!

Recordó la geografía de los «Yermos de Karunga» y sus alrededores.

El cañón al sur de Lakrios tenía una gran diferencia de altura. Si la puerta por la que apareció el «Minotauro» estaba conectada con la capital, solo podía ser a través del subsuelo.

Durante una emergencia, un pasaje secreto para que los miembros de la familia real pudieran escapar, o tal vez algo más insondable, se extendía bajo los pies de Argonauta y sus compañeros.

—¿Ya se han llevado a la princesa? ¿O está prisionera en algún lugar cercano? ¡No lo sé, no tengo ni idea, pero debo ir de todas formas!

Era difícil pensar que Ariadne, el «sacrificio», estuviera encerrada en los pisos superiores del castillo. Lo más probable era que la tuvieran prisionera para evitar que escapara nuevamente.

En ese caso, la mazmorra subterránea parecía ser el lugar más lógico.

—¡Hacia abajo, más abajo, más abajo!

Argonauta se apresuró.

En los últimos días había memorizado casi por completo la estructura del castillo. No tardó en encontrar las escaleras que llevaban al subsuelo y, mientras el sudor de la ansiedad le cubría la frente, descendió rápidamente por los estrechos y empinados escalones.

El sonido de sus pasos resonaba, golpeando sus oídos desde todas las direcciones, como si lo condujera hacia el interior del oscuro abismo.

Continuó bajando, sin saber cuántos escalones había dejado atrás, hasta que Finalmente se detuvo.

—¿.....? —Sintió una extraña incomodidad.

Esto no tiene sentido... Está demasiado silencioso. Nadie me ha detenido. Ni siquiera hay guardias.

¿Por qué no había nadie?

Este era el corazón del reino, ya fuera en los pisos superiores o en el subsuelo, era extraño no encontrar a nadie. Además, él no era

más que un conejo desquiciado, corriendo a ciegas tras la búsqueda de la princesa. Era imposible que sus acciones no hubieran sido detectadas.

Su mente, antes entumecida, recuperó un atisbo de razón. Una leve sensación de frío recorrió su cuerpo, enfriando el impulso que lo había sobrecalentado.

—Es como si estuviera siendo atraído hacia las profundidades oscuras, hacia el... «abismo»...

—Ya sabes demasiado, Argonauta.

—¡¡!!

Una voz anciana y sombría resonó desde las profundidades de la oscuridad.

Al Final de las escaleras, en un pasillo de piedra sorprendentemente largo y amplio para estar bajo tierra, un anciano esperaba en el centro, como si lo hubiera estado aguardando.

—No, más bien debería agradecerte por aprender tanto. Ahora puedo «deshacerme» de ti sin remordimientos.

—¡Rey Lakrios...!

Con la misma presencia y siniestra atmósfera que tenía en el trono, el rey reveló Finalmente sus verdaderas intenciones.

Aunque sorprendido al principio, Argonauta aceptó el enfrentamiento, que parecía inevitable. Al igual que el rey no había apreciado la intervención del hombre que ayudó a la princesa a escapar, Argonauta también tenía preguntas que debía hacerle.

—Quiero que me respondas... ¿Por qué mantienes un «monstruo» como si fuera una mascota? ¿¡Cómo puedes imponer un «destino» tan cruel a tu propia hija!?

—Es el deber de la realeza, simplemente. La nación es tanto los ancestros como los descendientes. Es lógico respetarla y cuidarla más que a nada.

Como si no se necesitaran más preámbulos, Argonauta comenzó a preguntar directamente todos los «por qué» que tenía en su cabeza.

El rey respondió con calma, una actitud que no correspondía a la gravedad de la situación.

—Aunque se trate de mi hija de sangre, frente a «cien», «uno» debe ser sacrificado.

Incluso utilizando a esas abominables criaturas, el rey estaba decidido a proteger el reino y las vidas de sus súbditos. Pero Argonauta, sin dudarlo, rechazó esa justificación.

—¡No, estás equivocado! ¡Aunque sea el argumento lógico de un gobernante, esa no puede ser la verdad!

—¿Oh? Entonces, ¿de qué mentira me acusas, muchacho?

—¿Por qué ocultaste la existencia de ese monstruo y creaste el símbolo del general?! ¿Por qué continuaste con guerras innecesarias en lugar de aliarte con otras naciones?!

La acusación de Argonauta, llena de rabia y la furia que lo consumía, era clara, completamente diferente de su modo de actuar de siempre. Del mismo modo que Garms y los demás se habían enojado, Argonauta expuso las contradicciones del reino bajo la tenue luz de las velas parpadeantes.

—¿Me vas a decir que las guerras con humanos no eran en realidad una forma de buscar una «alimentación» para el Minotauro?! ¿Acaso no invitabas a propósito a los invasores para satisfacer el hambre de la bestia?! —Los ojos escarlata de Argonauta, llenos de ira, se fijaron en el anciano, que no mostraba ningún cambio en su expresión.

El viejo rey inclinó la cabeza brevemente, luego comenzó a temblar de los hombros y una risa baja y desagradable surgió de su garganta.

—¡Ja, ja, ja!! ...¿Te diste cuenta, bufón? —El horrible rostro del rey, una sonrisa repugnante que nunca había mostrado en el trono,

quedó al descubierto—. Esa criatura es fuerte y requiere mucho entrenamiento. Además de los sacrificios de la realeza, necesita una gran cantidad de «comida». Si se la dejara suelta por el reino, aniquilaría a la población en un instante.

—¡¡.....!! ¡Estás sacrificando a «miles» de humanos para proteger a los «cientos» del reino! ¡Tu lógica es pura «maldad»!

—Entonces, dime, Argonauta, ¿qué debía haber hecho? —El rey, sin dejar de sonreír, preguntó con una especie de diversión ante la acusación de Argonauta—. Este estúpido rey, que fue amenazado por un monstruo, cuyas súplicas de ayuda no fueron escuchadas por otras naciones, que vio morir a su gente... Este rey, que envió a sus padres, hermanos, esposa e hijos al estómago de esa bestia... ¡Dime, ¿qué debía de haber hecho?!

—¿¡.....!?

Lo que el rey estaba desatando era «locura». La agonía y los conflictos internos como gobernante, las decisiones terribles que había tenido que tomar, todo lo había destrozado hacía mucho tiempo. Ante esto, Argonauta sintió como si pudiera ver las marcas de lágrimas, ya secas, en las mejillas del rey Lakrios, ahora arrugadas y demacradas.

Apretando los dientes, Argonauta sabía que aun así debía señalar el error del rey.

—¡Debiste romper los lazos con esa criatura! ¡Al aceptar la protección de los monstruos y seguir ofreciendo sacrificios, está claro que eso llevará a que algún día los sacrificios se agoten!

Incluso basándose en la información que Olna había compartido, la situación en la capital del reino era desastrosa.

La situación de la familia real de Lakrios, cuyo linaje estaba a punto de perderse, no era más que una bomba de desastre con una mecha apenas visible.

—¡Ese momento es ahora! ¡La familia real está al borde de la extinción, solo quedan tú y la princesa! ¡La paz actual en la capital es una ilusión, un «mal sueño» destinado a la destrucción!

—Ja, ja, ja... así es, este reino no se durará en paz un milenio. Pero, Argonauta, ¿sabes? Estás equivocado. —El Rey Lakrios respondió con una risa siniestra ante la acusación vehemente de Argonauta—. El «sacrificio» al principio era mínimo. Pero a medida que el toro salvaje se hacía más fuerte, se volvió imposible de controlar, y la sangre de la familia real comenzó a perderse a un ritmo acelerado... Cuando nos dimos cuenta de que la «concentración de sangre» también influía en el sacrificio, ya era demasiado tarde.

—¡!

—Por mucho que la familia real intentara formar alianzas con extranjeros, todo fue en vano.

El anciano, mirando al vacío, parecía un actor solitario en un escenario oscuro, repitiendo un monólogo. El sacrificio solo funcionaba plenamente con sangre de la misma intensidad que aquellos que usaban las cadenas.

En otras palabras, las cadenas mismas eran una condena asegurada. Qué argumento tan cruel, digno de un dios malicioso.

Argonauta sintió que el mundo daba vueltas al darse cuenta de esto.

—Yo tampoco quería perder a Ariadna... Se parece mucho a la reina, es tan hermosa... —El rey murmuró con un profundo lamento—. Para que el reino sobreviviera, debería haberme ocupado de esta situación antes... je, je, pero parece que aún me queda algo de ese instinto paternal.

—¡.....! —La sonrisa distorsionada y repugnante del rey hizo que la piel de Argonauta se erizara por completo.

Todo estaba roto.

Este país, y todos aquellos atrapados en la oscuridad de este reino, estaban completamente destruidos.

Lo que dominó el cuerpo de Argonauta no fue la ira, sino la tristeza. En su rostro apareció una sonrisa que no podía ocultar la compasión, como si hubiera alcanzado la iluminación.

—Rey, ¿acaso ya has... perdido incluso la cordura?

La respuesta fue una risa estruendosa, como la de una cueva que pierde sus pilares y se derrumba.

—¡Mantener la cordura! ¿Cómo se puede sobrevivir a esta época sin volverse loco? ¡Es imposible, eso es una locura!

Con ambas manos, se rascaba la cabeza calva, casi como si quisiera arrancársela. Con saliva escurriendo de sus dientes y una mirada de locura en sus ojos desorbitados, parecía un verdadero «monstruo» que había renunciado a su humanidad.

Argonauta apretó los puños y soltó sus mandíbulas apretadas.

—...Rey, aún no es demasiado tarde. ¡Debes derrotar al Mino-tauro! ¡Gobierna sin depender de los monstruos, una vez más!

—No puedo. La «dádiva celestial» es precisamente una «revelación divina». Incluso si es una bendición de un dios malicioso, no hay otro camino para la supervivencia de la capital que aceptarlo.

—¡Entonces, yo me encargaré de ese monstruo! ¡Rescataré a la princesa!

—Deja de ser tan imprudente y acepta tus limitaciones, payaso. ...De cualquier manera, este es tu Final.

La cara del rey, que había estado riendo siniestramente, Finalmente mostró un destello de ira. No iba a permitir que un tonto forastero arruinara el camino y las decisiones equivocadas que había tomado. Levantó un brazo delgado y nudoso, como los dedos de un demonio.

En ese momento, desde los pasillos a ambos lados, aparecieron una gran cantidad de soldados.

—¡Escuchen, todos! ¡La princesa ha desaparecido del castillo! —Mientras Argonauta miraba con asombro, el rey alzó la voz, dirigiéndose a los soldados alineados a su alrededor—. ¡Todo es obra de uno de los «Candidatos a Héroe», Argonauta! ¡Ese miserable se obsesionó con la princesa, la tomó por la fuerza y la secuestró!

—¿Qué?!

—¡Que se informe al pueblo! ¡Emitan un comunicado! ¡Háganlo saber fuera del reino también! ¡Que la princesa ha desaparecido a manos de Argonauta!

Aquella era una orden premeditada. Una burla hacia el paciente que había descendido al abismo.

Los soldados, sin cuestionarlo, se convirtieron en marionetas al servicio del rey.

—Por orden del rey: ¡¡Capturen a Argonauta!!

Wooooooooooooooooohhhhhh.

Un rugido resonó en el pasillo subterráneo. Detrás de él, también surgió una muralla de soldados. Ante la embestida de las armaduras y la jaula de malicia que lo rodeaba, Argonauta abrió los ojos de par en par.

—¿Es posible que... ¡planearas esto desde el principio!?

—Ji, ji, ji... justo lo que necesitaba, un «tonto» útil. —Con una sonrisa grotesca, el rey de Lakrios se burló de Argonauta—. Con esto, ya tengo una razón para la desaparición de la princesa. Tú también eres parte de mi «obra».

—¡.....!

—¡Ahora, enfrenta a tu destrucción, Argonauta!

Al mismo tiempo que el rey daba la orden, las lanzas de los soldados se abalanzaron sobre Argonauta.

Sin ningún cuidado por la vida, la única intención era dejarle apenas con el torso y la cabeza intactos, lo que obligó a Argonauta a reaccionar instintivamente, pateando el suelo y rodando.

Sin salida por estar rodeado, cometió lo que parecía un acto suicida: se lanzó a los pies de los soldados, eligiendo ser pateado y pisoteado con tal de escapar de su campo de visión.

Los soldados cayeron en su trampa.

Al abalanzarse sobre él, comenzaron a golpear sus propias armaduras con sus lanzas y perdieron de vista a Argonauta, que se escabulló entre ellos, incluso mientras recibía golpes en los hombros, se golpeaba la cabeza y se fracturaba los dedos. Con la nariz sangrando, avanzó miserablemente a través del bosque de botas.

—¡Grrrr...! ¡Maldita sea!

—¡¿Qué?!

—¡No lo dejen escapar, persígalo!

Saltó repentinamente frente al último soldado en la retaguardia, esgrimiendo su cuchillo y abriéndose paso entre ellos mientras hería a sus enemigos.

Herido y maltrecho, logró escapar del pasillo subterráneo, pero los soldados de Lakrios, bajo las órdenes del capitán, rápidamente lo persiguieron.

—¿Huyó...? Bueno, no importa. —Las llamas de los candelabros parpadearon. El rey Lakrios, solo en el pasillo oscuro, murmuró sin inmutarse—. No importa cómo terminen las cosas... ya estás acabado, estúpido Argonauta.

La sombra del viejo rey, extendiéndose desde el suelo hasta la pared, se retorció en una forma grotesca y aterradora, como si él mismo se hubiera convertido en un monstruo.